

ADOLESCENCIA Y DESENGANCHE ESCOLAR

Hernández Prados, María de los Ángeles¹

mangeles@um.es

Martínez López, Virginia²

virginia.martinez11@um.es

Universidad de Murcia

RESUMEN

La adolescencia, comúnmente conocida como la etapa caracterizada por la autonomía y alto grado de independencia de los lazos institucionales básicos de acogida, como la familia y la escuela, se encuentra generalmente expuesta a una serie de potencialidades y/o riesgos dependiendo en gran medida por las influencias del contexto.

A esto hay que sumar las dificultades que pueden presentarse en el marco académico escolar, más concretamente el sentimiento de no pertenencia a la institución escolar en la que los adolescentes viven día a día y que puede ser causa de fracaso escolar. Este desapego no solo tiene como factor causante el adolescente en sí, sino que en este proceso intervienen tanto el centro, como la familia y la sociedad.

Palabras clave: adolescente, educación escolar, pertenencia, fracaso escolar.

ABSTRACT

Adolescence, commonly known as the stage characterized by the autonomy and high degree of independence of the basic institutional ties of reception, like the family and the school, is generally exposed to a number of potentialities and/or risks Depending heavily on the influences of the context.

To this we must add the difficulties that can arise in the academic school framework, more specifically the feeling of not belonging to the school institution in which the adolescents live day by day and that can be cause of scholastic failure. This detachment not only has as a causative factor the teenager itself, but in the intervene both the center, as the family and the society.

Key words: Teenager, School education, belonging, school failure.

¹ M^a Ángeles Hernández Prados Profesora titular en la Universidad de Murcia. Ha participado en proyectos de investigación sobre autoestima, convivencia escolar y resolución de conflictos, seguridad de los menores en la red, educación familiar, arte y valores, formación del profesorado en educación en valores, familia y exclusión social, comunicación familia y escuela, entre otros.

² Virginia Martínez López, es pedagoga y profesora de actividades extraescolares. Tiene el Master de Formación del Profesorado en la especialidad de Orientación Educativa por la Universidad de Murcia. Doctoranda en Educación.

1. INTRODUCCIÓN

La escuela constituye para muchos alumnos y alumnas un espacio en el que están la mayor parte del día, de la semana y del mes. Por lo tanto la escuela puede verse como un segundo hogar para los discentes, pero no todos se sienten como parte del mismo, es entonces cuando aparece el desapego a la misma. Pero ¿es esto solo cosa del discente o es fruto de otros factores? Si al desenganche de la escuela le sumamos la adolescencia, etapa de revolución física, psicológica y social, ese desapego puede verse incrementado, pues siguiendo a Murcia, Marín, Gómez, Rodríguez, Lacárcel y Gimeno (2008), los estudiantes en edad adolescente pueden presentar falta de compromiso con la escuela lo cual puede darse por la incongruencia o desigualdad entre las expectativas hacia la escuela y lo que esta ofrece realmente.

Pero educar forma parte del desarrollo en toda las etapas de la vida es más, la educación forma parte todo ámbito de vida del ser humano, incide directamente en su aprendizaje social, construye a la persona en un ciudadano, le lleva a potenciar sus habilidades, a sentirse parte de una sociedad, a manejar sus emociones, a convivir con la familia, la educación nos permite afrontar y adaptarnos a los cambios y al desarrollo vertiginoso de esta sociedad. En definitiva la educación lo es todo. Y la escuela es uno de los ámbitos educativos esenciales y cruciales en el desarrollo vital, por ello saber por qué los niños se desenganchan de ella y tratar de prevenirlo o remediarlo es importante para conseguir aportar a la sociedad ciudadanos completos.

Pero ¿quién se encargan de educar?, todos formamos parte de esa tarea, pero los agentes que más peso tienen en la educación de todo niño y /o adolescente se localizan en la familia y la escuela, siendo este último espacio donde vamos a incidir. Pues es la escuela o el instituto el lugar donde nuestros adolescentes pasan más horas, concretamente en España es de los 12 a los 16 años, edad en la que la obligatoriedad de la enseñanza termina. Es por ello, por la cantidad de tiempo que pasan en la escuela que se debe de prevenir el sentimiento de no sentir, es decir de ver la escuela como una institución a la que tienen que ir por obligatoriedad pero que si pudieran elegir quizás elegirían no ir.

2. EDUCAR EN LA ADOLESCENCIA

La adolescencia constituye una etapa de la vida por la que todo el mundo pasa pero que una vez superada y vista desde lejos, cuesta entender. El término adolescente engloba a la población de entre 10 y 19 años según la Organización Mundial de la Salud, constituyéndose en dos fases, primero la adolescencia temprana (10-14 años), y segundo la adolescencia tardía (15-19 años). Es decir, es una etapa evolutiva que se sitúa entre la niñez y la edad adulta, iniciándose con los cambios puberales, seguida de transformaciones biológicas, psicológicas y sociales, que pueden llevar a dificultades al propio adolescente. (Pineda y Aliño 2002).

Ahora bien, cómo podemos ver en el trabajo de Mansilla (2000), la adolescencia se corresponde con una etapa en el que el ser humano experimenta un crecimiento acelerado físico, cognitivo, social y emocional al que debe enfrentarse. Marina (2017) establece que en la adolescencia se produce una nueva etapa de plasticidad cerebral que se ha de saber aprovechar desde la escuela.

Los adolescentes son objeto de cuestionamiento constante: *“cómo están”, “cómo han cambiado”, “ya no son los de antes”*...Afirmaciones de este tipo, suelen

atribuirse a las añoranzas del pasado y forman parte de manera recurrente del imaginario colectivo. Es cierto que los adolescentes han cambiado, pero también lo ha hecho la sociedad en la que viven. En este sentido las pautas globales han condicionado, a largo plazo, sobre todo en estas dos últimas décadas los comportamientos y los patrones de control de los jóvenes. La sociedad global está en constante tránsito, es mutable, capaz de flexibilizar los procesos más rígidos e intercambiar las estructuras periféricas en auténticos nexos de transversalidad (Navarro, Pérez y Perpiñán, 2015 p.164).

Estamos instalados en la posmodernidad, tal y como denominamos a este periodo que se caracteriza por la complejidad, el individualismo, la fragmentación, el relativismo y una pérdida de referentes, generando una situación difícil para todos los colectivos, pero especialmente para los adolescentes, no solo se tienen que enfrentar a los cambios biopsicológicos propios sino a la velocidad cambiante de la sociedad y a los retos que esta plantea (Tahull, 2016).

La entrada en la adolescencia es ir hacia el logro de una autonomía, desprenderse de los padres, aprender a desenvolverse en la vida. Para llegar a ello, el adolescente precisa de un espacio personal en casa, en este caso su habitación, se le ha de dar tareas que le permitan ser autónomo y demostrar que puede valerse por sí mismo. Desean llevar a cabo una vida fuera de casa con amigos y formar parte de grupos afines, para ello habremos de enseñarle a asumir responsabilidades en cuanto al tiempo libre y con el resto de personas que convive, aprender a elegir sus amigos, adquirir aprendizajes que le permitan moverse por la calle autónomamente, evitar riesgos, entre otros (Vallet 2006).

La adolescencia, comúnmente conocida como la etapa caracterizada por la autonomía y alto grado de independencia de los lazos institucionales básicos de acogida, como la familia y la escuela, se encuentra generalmente expuesta a una serie de potencialidades y/o riesgos dependiendo en gran medida por las influencias del contexto. La adquisición tardía del pensamiento abstracto que posibilita distinguir con claridad los riesgos vinculados a algunas decisiones, controlar que el deseo de experimentar el riesgo no supere a la prudencia, podría estar en relación con muchos de los problemas relacionados con determinadas conductas de riesgo en la adolescencia (Iglesias, 2013).

Hablar de adolescencia se ha vinculado con excesiva frecuencia a la fractura familiar, a la complejidad, a la rebeldía, que se acrecientan, según Iglesias (2013) por el dilema constante entre dependencia e independencia en la relación paterno-filial, alcanzando el mayor distanciamiento entre los 15 y 17 años de edad, tal y como se evidencia en la figura 1.

Figura 1: Desarrollo psicosocial del adolescente

Tabla II. Desarrollo psicosocial (12 a 14 años)	Tabla III. Desarrollo psicosocial (15 a 17 años)	Tabla IV. Desarrollo psicosocial (18 a 21 años)
<p>Dependencia-independencia</p> <ul style="list-style-type: none"> – Mayor recelo y menor interés por los padres – Vacío emocional, humor variable <hr/> <p>Preocupación por el aspecto corporal</p> <ul style="list-style-type: none"> – Inseguridad respecto a la apariencia y atractivo – Interés creciente sobre la sexualidad <hr/> <p>Integración en el grupo de amigos</p> <ul style="list-style-type: none"> – Amistad. Relaciones fuertemente emocionales – Inicia contacto con el sexo opuesto <hr/> <p>Desarrollo de la identidad</p> <ul style="list-style-type: none"> – Razonamiento abstracto. Objetivos vocacionales irreales – Necesidad de mayor intimidad. Dificultad en el control de impulsos. Pruebas de autoridad 	<p>Dependencia-independencia</p> <ul style="list-style-type: none"> – Más conflictos con los padres <hr/> <p>Preocupación por el aspecto corporal</p> <ul style="list-style-type: none"> – Mayor aceptación del cuerpo. Preocupación por su apariencia externa <hr/> <p>Integración en el grupo de amigos</p> <ul style="list-style-type: none"> – Intensa integración. Valores, reglas y modas de los amigos. Clubs. Deportes. Pandillas <hr/> <p>Desarrollo de la identidad</p> <ul style="list-style-type: none"> – Mayor empatía. Aumento de la capacidad intelectual y creatividad. Vocación más realista. Sentimientos de omnipotencia e inmortalidad: comportamientos arriesgados 	<p>Dependencia-independencia</p> <ul style="list-style-type: none"> – Creciente integración. Independencia. “Regreso a los padres” <hr/> <p>Preocupación por el aspecto corporal</p> <ul style="list-style-type: none"> – Desaparecen las preocupaciones. Aceptación <hr/> <p>Integración en el grupo de amigos</p> <ul style="list-style-type: none"> – Los valores de los amigos pierden importancia. Relación con otra persona, mayor comprensión <hr/> <p>Desarrollo de la identidad</p> <ul style="list-style-type: none"> – Conciencia racional y realista. Compromiso. Objetivos vocacionales prácticos. Concreción de valores morales, religiosos y sexuales

Fuente: Iglesias (2013, p.93)

La tarea de ser padres es bidireccional y compleja, no solo porque es un rol que nos acompañará constante y permanentemente desde el nacimiento del primer hijo/a, sino que además es un proceso lleno de vaivenes emocionales. En este sentido, la tarea de educar en las familias se encuentra llena de momentos de contentamiento y bienestar, pero también hay otras ocasiones donde la tensión y el sufrimiento son elevados, provocando frustración ante la tarea de criar. Conforme los niños crecen aparecen nuevos desafíos educativos a los que dar respuesta para llegar a una socialización positiva y desarrollo eficaz del menor adolescente en este caso.

Ser padre o madre lleva, por momentos, a vivir altos niveles de satisfacción; pero, en otros, también existen importantes niveles de tensión y sufrimiento, experiencias que generan insatisfacción y frustración. Sin duda, la tarea es complicada: no sirve la improvisación y se requieren destrezas específicas para afrontar los desafíos. Surgen nuevos retos educativos a los que los padres y las madres deben dar respuesta con el fin de conseguir un proceso de socialización eficaz, adecuado y positivo para el desarrollo óptimo del menor y del adolescente en un ambiente seguro. (Torío, 2017, p.9)

Los padres adolecen de formación que les cualifique y les prepare en su tarea de educar, enfrentándose a situaciones conflictivas y dilemas educativos de gran envergadura sin recursos y herramientas desde los cuales poder gestionar y dar respuesta. De ahí que educar en la adolescencia supone un nuevo reto para los padres y educadores aún mayor, que debe atender tanto a los cambios biológicos como a los introducidos por los avances tecnológicos. Respecto al primero de ellos, el docente ha de ser conocedor de la transformación que el adolescente experimenta en su cuerpo, y como afecta emocional y socialmente al estudiante, debe tratar de integrar estos contenidos en el proceso de enseñanza-aprendizaje y facilitar a

las familias información y mecanismos para ayudar a sus hijos a enfrentar el reto que supone a nivel físico la pubertad. Entre factores a educar dentro de estos cambios, son importantes los hábitos de higiene y cuidado personal, la exploración (Iglésias, 2013).

A esto debemos sumar las nuevas tecnologías, no cabe duda de que los adolescentes de hoy día son nativos digitales, esto supone una ventaja y a la vez un inconveniente, ya que no solo es suficiente saber usar las TIC pues es más importante saber cómo usarlas de forma adecuada. De nuevo la educación es crucial, proviniendo al adolescente de herramientas que lo construyan como un ser digital inteligente, evitando la adicción y la mala praxis en cuanto a nuevas tecnologías se refiere (Ochaíta, Bayal y Rodríguez, 2011).

Es fácil imaginar a los adolescentes de hoy en día sentados frente a un ordenador o con el móvil o haciendo uso de otro dispositivo tecnológicos, estamos ante lo que definen los sociólogos "Generación Net", esta generación se caracteriza por su desmotivación general, fríos ante la realidad social e incluso sin relación entre ellos (Domínguez, Martínez, y Ceballos, 2017). Estos adolescentes se ven ante una formación y una educación que trata de que desarrollen un pensamiento, de hacerles pensar pero que a la vez no les provoca motivación para seguir y terminar el proceso de escolarización.

Pero la tarea de educar al adolescente, de proporcionarle aprendizajes que permitan ir construyendo una persona adulta no es responsabilidad exclusiva de las familias, por el contrario se trata de una responsabilidad compartida con otras instituciones, pues como bien señala un refrán africano que indica que para educar a un niño se necesita toda una tribu. En esta misma dirección, Bolívar (2006) expone:

Si bien es hoy una necesidad reafirmar la función educativa de la escuela, hay también sin duda graves problemas para ejercerla. Ni la escuela es el único contexto de educación ni sus profesores y profesoras los únicos agentes, al menos también la familia y los medios de comunicación desempeñan un importante papel educativo. Ante las nuevas formas de socialización y el poder adquirido por estos otros agentes en la conformación de la educación de los alumnos, la acción educativa se ve obligada a establecer de nuevo su papel formativo, dando un nuevo significado a su acción de nuevos modos. Entre ellos, la colaboración con las familias y la inserción con la comunidad se torna imprescindible (Bolívar, 2006. p.120)

Son múltiples los contextos que educan en la adolescencia, pero si bien durante la infancia temprana el protagonismo se torna en lo familiar, en la infancia deja de haber un protagonismo absolutista y se comienzan a compartir responsabilidades educativas entre el contexto familiar y escolar principalmente, y en la preadolescencia comienzan a introducirse la vida social y la relación entre iguales con un mayor peso, que alcanzará la cumbre en la adolescencia. Para el adolescente las relaciones con sus iguales se tornan imprescindibles para su desarrollo vital y construcción de su identidad.

Educar a los adolescentes depende de cómo son vistos por los adultos encargados de esta función, y de cómo su mundo y comportamiento es interpretado y de qué significado tienen sus conductas (Funes, 2003). Son educados en un mundo de adultos que demanda la transición, lo antes posible, a dicho mundo desde unas normas impuestas que invitan a la fractura de la misma, por la poca implicación del adolescente en todo ese proceso. El incremento en el pensamiento abstracto debe ir acompañado de una mayor participación, implicación y responsabilidad en los procesos vitales en los que el adolescente se haya presente. Dicho de otro modo, la escuela impone a sus alumnos un modo de ser y de actuar,

una moralidad y unos valores, por consiguiente, su función principal será la de educar no sólo en la versión académica del concepto sino también moral, social y normativa de los escolares (Navarro y Puig, 2010), pero desafortunadamente mientras el adolescente no asuma un rol activo en dicho proceso y sean sus intereses el punto de partida y el aprendizaje dinámico y autónomo el punto de llegada, la labor educativa estará evocada al fracaso.

3. EL DESENGANCHE ESCOLAR DEL ADOLESCENTE ¿REALIDAD O FICCIÓN?

El desapego hacia la escuela, el no querer o no estar predispuesto a aprender es algo que sucede con demasiada frecuencia entre el alumnado, especialmente en la etapa de secundaria. Según Vaello (2011) la obligatoriedad de la escuela ya constituye de por sí un factor que genera el rechazo a querer a aprender, en otras palabras los niños y niñas se revelan en contra del sistema escolar y eso genera una negación a querer aprender. Si bien no todo debe quedar ahí, ante dicha negación habría que buscar otras vías, estrategias, metodologías y pedagogías que conduzcan a alumno hacia la predisposición al aprendizaje, a no considerar la escuela como un lugar de obligatoria asistencia, sino de apertura al mundo, un lugar al que sientan que pertenecen.

La existencia del desenganche educativo de los alumnos, así como el abandono o fracaso escolar es una problemática que está presente y confirmada por las diferentes comunidades autónomas y a nivel nacional, quienes desde distintos focos educativos tratan de dinamizar planes y diversos recursos tales como el observatorio de convivencia, plan ministerial para el abandono escolar, entre otros, que permitan atajar esta problemática (González 2013). Esto refleja la preocupación por la situación escolar hoy en día.

No encontramos una delimitación conceptual única en cuanto al sentimiento de desenganche de los alumnos al centro, podríamos establecer dos vertientes, implicación (enganche al centro) no implicación (desenganche al centro). Siguiendo el trabajo de González (2015), en cuanto a enganche del alumno al centro corresponde con alumnos que poseen compromiso con su aprendizaje escolar, son participativos, se implican e interesan en su formación, se sienten como parte del centro, del aula de sus compañeros. Por el contrario, para este mismo autor el desenganche refleja lo contrario, es el casi nulo compromiso y desinterés por la escuela y el aprendizaje, estos alumnos no suelen participar en las actividades escolares, cuando lo hacen prima la desgana y dejadez, sintiendo y viviendo lo que suceden el centro y el aula como molesto, aburrido o irrelevante para su aprendizaje y vida.

“La palabra *deserción* significa desertar o abandonar; por tanto, al añadir el término *escolar* a esta palabra, estamos hablando del abandono escolar del alumnado, que se trata de una decisión personal causada por diversos factores” (Hernández Prados, Álvarez Muñoz y Aranda Martínez, 2017, p.92). Tomando las palabras de Fernández (2011) el desenganche escolar supone “*la desvinculación generalizada de los adolescentes respecto de la institución escolar*” (p.85). Desde esta perspectiva procesual, Mena, Fernández y Rivière (2010) definen el abandono o deserción escolar como

el resultado final de un proceso con jalones y manifestaciones diversos. Definimos el proceso de desenganche escolar como la lenta y progresiva acumulación de fuentes de alejamiento de la escala de valores, las pautas de actuación y los símbolos de identificación con la escuela. Este desenganche está ligado a problemas de distinto tipo, y no es necesariamente intencional por

parte del alumno, sino que se encuentra naturalizado por su entorno próximo (p.123).

De ahí que los autores anteriores señalen la importancia de identificar en los procesos escolares del estudiante la perspectiva del abandono, ya que el desenganche se manifiesta de diferentes modos (absentismo, falta de respuesta académica o indisciplina) teniendo en cuenta de que en cierta medida suelen permanecer ocultos y que un alumno afectado no tiene por qué presentar todos los síntomas del cuadro. Como afirma Fin (1993) el desenganche a la escuela es progresivo y va incrementándose hacia la etapa de educación secundaria. Es interesante tener en cuenta la variable creciente de desenganche hacia la escuela del alumnado, pues a menudo esto desemboca en abandono o fracaso escolar. Seguramente más de uno echando la vista atrás recordará como los compañeros de clase iban quedándose por el camino conforme se iban avanzando de un curso a otro.

Uno de los factores a tener en cuenta a la hora de tratar de entender y hacer frente al desenganche educativo de los discentes es el escenario educativo organizativo del centro, así como la experiencia que proporciona a nivel formativo, social y personal a los alumnos, ya que esto no es solo un problema que emana exclusivamente de las variables personales del alumno, sino que es un compendio donde fluctúan diversos factores que principalmente son, escuela, familia y alumno. Siguiendo el texto de González y Fabián (2018) la floración del sentimiento de no pertenencia al centro puede tener diversas causas aducidas a los estudiantes y relacionadas con la vivencia educativa que experimentan en el centro, pues entre dichas causas está el aburrimiento en clase, la participación inactiva y poco práctica, relaciones mínimas o con cierta hostilidad con los profesores, la falta de apoyo en su proceso educativo.

Fernández (2011) también concibe diversos factores que pueden llevar al desenganche del alumno de la escolaridad. En primer lugar un factor que lleva a la ruptura entre alumno es la no correspondencia entre tener un título y con ello obtener un trabajo u ocupación, es cierto que cada vez está más presente el sentimiento de “para qué seguir en la escuela si no voy a tener trabajo igualmente”. Por otro lado el autor identifica que el descenso del valor del conocimiento junto con la severidad del sistema educativo en el que se desenvuelven los alumnos, lleva a ser considerada la institución escolar como lugar de experiencias y vivencias aburridas, al que no quieren asistir ni formar parte. Y por último, plantea la hipótesis de que la infravaloración instrumental, la cual será más común entre los estudiantes menos familiarizados con el valor de los títulos académicos en el mercado laboral y más vulnerables a las informaciones sensacionalistas e impresionistas que racionalizan el fracaso y aumentan la probabilidad de abandono.

El grado de motivación que presentan los alumnos o el tipo de motivación influye en el querer o no querer formar parte de la escuela y vivirla. En este momento conviene exponer los resultados del trabajo llevado a cabo por Hernández y Alcázar (2018), en el que en un 41.5% del alumnado influye la motivación el interés y las expectativas a seguir recorriendo el camino de la escolaridad y alcanzar así los objetivos propios de la escuela y los establecidos para sí mismos. Por lo tanto habría de identificar en cada caso o en cada centro, qué factores son causantes de la desmotivación del alumnado a seguir formado parte del complejo escolar y qué factores les animan a los discentes a formar parte de la vida académica y escolar, a la vez estos factores de motivación habrán de identificarse tanto dentro como fuera del centro.

En consonancia, Navarro Pérez, Pérez Cosín y Perpiñán (2015) reconocen que a los adolescentes residentes en entornos de fragilidad les envuelven un conjunto de intereses,

opiniones e incertidumbres presentes en los contextos y que interiorizan a través de la socialización desde sus relaciones familiares y comunitarias, sus hábitos y percepciones de la realidad, que actúan como factores de riesgo conduciendo a los adolescentes hacia el consumo, la pérdida gradual de actividades lúdicas grupales, cosificación del juego con escaso margen para la creatividad, desinterés en las administraciones sociales y educativas para la planificación y gestión de los tiempos de ocio. “Así pues, la alfabetización para el ocio es imprescindible para que los adolescentes eviten los riesgos asociados al tiempo libre deconstructivo.” (Navarro, Pérez y Perpiñán, 2015, p.148). Pero sin lugar a dudas, un modo de establecer vínculos y fijar raíces en la escolarización es promover el sentimiento de pertenencia de los estudiantes al centro educativo.

4. SENTIRSE PARTE DE LA ESCUELA

La identificación y pertenencia con la escuela se encuentra asociada a un sentimiento positivo de conexión y vinculación a la institución, tanto con los procesos como con las personas que la configuran. “Identificación, pertenencia, actitud positiva ante la escuela y el aprendizaje, sentido de estar relacionado, de estar conectado con otros, etc. Todos ellos tienen que ver con respuestas emocionales, sentimientos y actitudes de los alumnos ante la escuela y las personas en ella” (González, 2010, p.18).

Sentirse como parte de la escuela, participar en la escuela, formar parte de la colegio, es en este punto donde conviene nombrar a Finn (1989) y su modelo de participación-identificación, donde la implicación y el compromiso del alumnado en el centro escolar se compone de dos factores uno emocional y otro conductual. Emocional en lo que se refiere a sentirse identificado con el centro, sentimiento de pertenencia y conductual en cuanto a la participación en el centro por parte del alumno (en el centro, el aula, extraescolares asistencia, relaciones con los compañeros), (Ros 2009). Ros (2009) también menciona el trabajo realizado por Willms (2003) “*Student engagement at school asense of belonging and participation*” donde se destaca entre otros el papel del profesor como engranaje primordial para la floración del sentimiento de pertenencia de los discentes al centro escolar.

En esta línea extrayendo conclusiones del trabajo de García y Doménech (1997) el docente que está con los niños y niñas dentro del aula es quien más influye en los mismos, pues el alumno tiene en alta estima la opinión y el trato que recibe por parte de los profesores, por lo que adoptar una actitud de amabilidad, donde haya normas, derechos y deberes hacia el alumno sin la realización de críticas destructivas hacia el mismo, realizando un escucha activa, respetándolo y animándolo ante el fracaso, propicia una actitud positiva hacia la escuela y el sentimiento de pertenencia hacia la misma se hace más fuerte.

Pero no es solo el profesor la figura influyente en el discente, también el grupo de iguales media en la motivación y el autoconcepto positivo hacia la escuela, pues favorece el aprendizaje de destrezas sociales, de autonomía e independencia, además se producen interacciones entre los mismos donde el feedback que reciben y la retroalimentación, si se propicia, puede ser muy positiva, sirviéndose entre unos y otros de referencia y motivación para desarrollarse, aprender y potenciar un buen autocepcto académico y social. En resumen tanto la relación alumno profesor y alumno alumno, son importante para la creación de un concepto de escuela positivo en los discentes que les permita asistir a la misma activamente y motivados, dispuestos a aprender.

En el caso de los estudiantes inmigrantes, el sentido de pertenencia se considera esencial por el desarraigo que se produce al cambiar de territorio, y la fractura que ocasiona en

la identidad nacional. Sin embargo, en el resto de alumnado se suele presuponer por el hecho de haber nacido aquí, en España, pero esto es un error, ya que el sentido de pertenencia es algo que hay que cultivar en las personas, no se da de forma natural.

Cuando el sentimiento de pertenencia es elevado, la escuela deja de percibirse como un lugar donde me encierran, pasan las horas lentamente y mi único deseo es que suene el timbre y salir cuanto antes. Ahora bien, el sentimiento de pertenencia conlleva el trabajo entre todos, tanto desde dentro de la escuela como desde casa. Si las familias presentan altos niveles de pertenencia al centro, el adolescente despierta una mirada diferente hacia el centro, porque empiezan a tejerse puentes y conexiones papables y perceptibles entre ambas instituciones.

Este sentimiento de pertenencia que las familias desarrollan hacia la escuela ha sido puesto de manifiesto en el trabajo de investigación desarrollado por Hernández, Gomariz, Parra y García (2015), evidenciando que el sentimiento de pertenencia es significativamente mayor, en padres más jóvenes, que se encuentran desarrollando una ocupación laboral, en padres y madres con nivel de estudios más elevado, así como en aquellas familias cuyos hijos obtienen calificaciones medias escolares más altas, y a la inversa con los de mayor edad.

Se enfatiza de este modo el concepto de Simón y Echetia (2012) de “educación comunitaria”, donde el papel educativo ha de ser desarrollado por la comunidad en su conjunto, contribuyendo al desarrollo efectivo tanto social, cultural como personal de los alumnos. Es así que poner en marcha una configuración comunitaria del desarrollo educativo escolar es elemental para cambiar el sentimiento de desapego a la escuela, que todos los agentes implicados en el centro trabajen en conjunto (familias, profesores, orientadores) en el desarrollo óptimo de la escolaridad de los alumnos y por consiguiente poder afrontar las dificultades con ciertas garantías de éxito. No solo se debe dar la construcción de la relación de apego entre escuela y discente entre estos dos, sino que en ella deben participar todos los agentes que intervienen en la vida del adolescente, como ya se ha mencionado anteriormente, pero en este caso irá dirigido a la creación de un sentimiento de pertenencia sólido hacia la escuela, es decir se debe “reforzar el entramado social en el que se mueven los adolescentes” (González, 2014,p.10-11).

Para finalizar, señalar que las escuelas coercitivas e impositivas suelen caracterizarse por una escasa participación del alumno y poco sentimiento de pertenencia, dejando solo el recreo como el único espacio para poder establecer vínculos y sentirse libre, pues teniendo en cuenta el texto de Redón (2010), un proceso de aprendizaje donde la autoridad prima, no permitirá que el alumno lleve a cabo una implicación efectiva con la escuela, sino todo lo contrario, le incitará a una vinculación negativa hacia la escolaridad. Sin dejar el autor anteriormente citado, un factor básico y esencial en el desarrollo de una educación que permita al alumno sentirse parte de la misma, es la relación entre el grupo de iguales, cuando el alumno crea un vínculo entre sus iguales positivo y se les enseña a llevar a cabo relaciones fructíferas, este tendrá en su balanza un mejor desarrollo de los años de escolarización.

5. A MODO DE CONCLUSIÓN

Nos encontramos ante un mundo construido por los adultos que deben cuidar de los niños y adolescentes y en el momento en que estos últimos tienen que dar el paso a la vida adulta se tropiezan con las contradicciones y problemáticas sociales que ellos no han

construido, convirtiéndose en mártires sociales (Tahull, 2016). Los aprendizajes curriculares incrustados en metodologías disciplinares tradicionales son repulsivos de la motivación de los escolares a cualquier edad, pero especialmente en los adolescentes que presentan mayor capacidad de pensamiento autónomo, abstracto, capacidad crítica y de enjuiciamiento, aspectos que son ampliamente valorados en la sociedad y el mercado laboral, se encuentran penalizados en un contexto escolar que favorece la réplica, más que la creatividad, la libre expresión y la construcción del conocimiento.

Un indicador claro de la calidad educativa del contexto escolar son los índices de abandono. La deserción no solo es un proceso complejo sino que además en su origen entran en juego múltiples factores, por ello, el origen del abandono implica “evitar el reduccionismo de la singularidad de *la causa*, para adentrarnos en el discurso de la pluralidad de *las causas*. Se trata de un fenómeno complejo que atiende a diversos factores endógenos y exógenos” (Hernández Prados, Álvarez Muñoz y Aranda Martínez, 2017, p.93).

Hoy, a la escuela se le demandan muchas cosas, quizás demasiadas. Se le pide que enseñe, de manera interesante y productiva, cada vez más contenidos; que contenga y que cuide, que acompañe a las familias, que organice a la comunidad; que haga de centro distribuidor de alimentos, cuidado de la salud y de asistencia social; que detecte abusos, que proteja los derechos y que amplíe la participación social

La escuela ha experimentado muchos cambios de tipo estructural y funcional, la presión ejercida por el calificativo de calidad en los centros es algo palpable en los docentes, pero la innovación debe estar sustentada en parámetros pedagógicos y éticos. Concretamente apostamos por la implantación de una perspectiva levinasiana de responder a la pregunta del otro, a las necesidades del educando, planteando en palabras de Ortega (2010) el paso de la educación a la otra orilla, donde el protagonista es un ser singular, con unas circunstancias y contexto que le determina y le configura. Solo desde la acogida y el reconocimiento, el estudiante puede abandonar la globalidad abstracta y universal para ser valorado y posibilitar así el sentimiento de pertenencia, y conseguir atenuar el abandono escolar.

REFERENCIAS

- Diz, J. I. (2013). Desarrollo del adolescente: aspectos físicos, psicológicos y sociales. *Pediatría Integral*, 17(2), 88-93.
- Domínguez, G., Martínez, A., y Ceballos, M. J. (2017). Educar la virtualidad. *Pixel-Bit. Revista de Medios y Educación*, 50, 187-199.
- Fernández, M., (2011). Del desapego al desenganche y de éste al fracaso escolar. *Propuesta Educativa*, (35), 85-94. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=403041706013>
- Finn, J.D. (1993): School Engagement & Students at Risk .Washington, DC: National Center for Educational Statistics, U.S. Department of Education. Recuperado de <http://nces.ed.gov/pubs93/93470a.pdf>
- Funes, J. (2003). ¿Cómo trabajar con adolescentes sin empezar por considerarlos un problema? *Papeles del psicólogo*, 23 (84), 1-8.

- García, F.J. y Doménech, F. (1997). Motivación, aprendizaje rendimiento escolar. *Revista electrónica de motivación y emoción*, 1, (0), 1-18.
- González, M. T., & San Fabián, J. L. (2018). Buenas prácticas en medidas y programas para jóvenes desenganchados de lo escolar. *Revista Iberoamericana sobre Calidad, Eficacia y Cambio en Educación*, 16 (2), 41-60. doi: 10.15366/reice2018.16.1.003
- González, M. T. (2010). El alumno ante la escuela y su propio aprendizaje: algunas líneas de investigación en torno al concepto de implicación. *Revista Iberoamericana sobre Calidad, Eficacia y Cambio en Educación*, 8(4), 10-31.
- González, M. T. (2014). Absentismo escolar: posibles respuestas desde el centro educativo. *Revista Electrónica Iberoamericana sobre Calidad, Eficacia y Cambio en Educación*, 12(2), 5-27.
- González, M. T. (2015). Los centros escolares y su contribución a paliar el desenganche y abandono escolar. *Revista Iberoamericana sobre Calidad, Eficacia y Cambio en Educación*, 12(2), 5-27.
- Hernández, M.A y Alcaraz, M. (2018). Factores incidentes en el abandono escolar prematuro. *Revista de Investigación en Educación*, 16(2), 182-195.
- Hernández, M.A., Álvarez, J. S. y Aranda, A. (2017). El problema de la deserción escolar en la producción científica educativa. *Revista Internacional de Ciencias sociales y Humanidades SOCIOTAM*, 26(1), 89-112. <http://revistasociotam.campuscemir.mx/ojsociotam/index.php/SOCIOTAM/index>
- Hernández, M.A., Gomariz, M.A, Parra, J. y García, M.P. (2015). El sentimiento de pertenencia en la relación entre familia y escuela. *Participación educativa*, 7, p 45-57. Recuperado de: http://ntic.educacion.es/cee/revista/n7/pdfs/pen07art5_mahernandez.pdf
- Iglesias, J. (2013). Desarrollo del adolescente: aspectos físicos, psicológicos y sociales. *Pediatr Integral*, 17(2), 88-93.
- Mansilla, M. (2000). Etapas del desarrollo humano. *Revista de investigación en Psicología*, 3(2), 105-116.
- Marina, J.A. (2017). *El bosque pedagógico*. Barcelona: Ariel.
- Mena, L., Fernández M., & Riviére, J. (2010). Desenganchados de la educación: procesos, experiencias, motivaciones y estrategias del abandono y del fracaso escolar. *Revista de Educación. Número extraordinario*. 119-145.
- Murcia, J. A. M., Marín, L. C., Gómez, P. H., Rodríguez, G. H., Lacárcel, J. A. V., & Gimeno, E. C. (2008). Predicción de la motivación autodeterminada según las estrategias para mantener la disciplina y la orientación motivacional en estudiantes adolescentes de educación física. *Apuntes de Psicología*, 26(3), 501-516.
- Navarro, J. J., Pérez, J. V., y Perpiñán, S. (2015). El proceso de socialización de los adolescentes postmodernos: entre la inclusión y el riesgo. Recomendaciones para una ciudadanía sostenible. *Pedagogía social: revista interuniversitaria*, (25), 143-170
- Ochaíta, E., Bayal, Á. E., y Rodríguez, H. G. (2011). Las necesidades adolescentes y las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. *Revista de estudios de*

juventud, (92), 87-110.

Ortega, P. (2010). Educar es responder a la pregunta del otro. *Edetania. Estudios y propuestas socioeducativas*, 37, 13-31.

Pineda, S. P., & Aliño, M. A. (2002). El concepto de adolescencia. *Manual de prácticas clínicas para la atención integral a la salud en la adolescencia*, 2, 15-23.

Ros, I. (2009). La implicación del estudiante con la escuela. *Revista de psicodidáctica*, 14(1), 79-92.

Simón, C., & Echeita, G. (2012). La alianza entre las familias y la escuela en la educación del alumnado más vulnerable. *Padres y maestros*. Recuperado de: <https://repositorio.uam.es>

Tahull, J. (2016). La compleja transición de los adolescentes hacia la vida adulta. *Antropología Experimental*. Recuperado de <https://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/rae/article/view/2853>

Torío, S. (2017). ¿Cómo educar? ¿Lo estamos haciendo bien? Contribuyendo al actual debate de la literatura acerca del estilo educativo parental óptimo. *Pedagogía social. Revista interuniversitaria*, (29), 9-27.

Vallet, M. (2006). *Cómo educar a nuestros adolescentes: un esfuerzo que merece la pena*. Madrid: Wolters Kluwer.